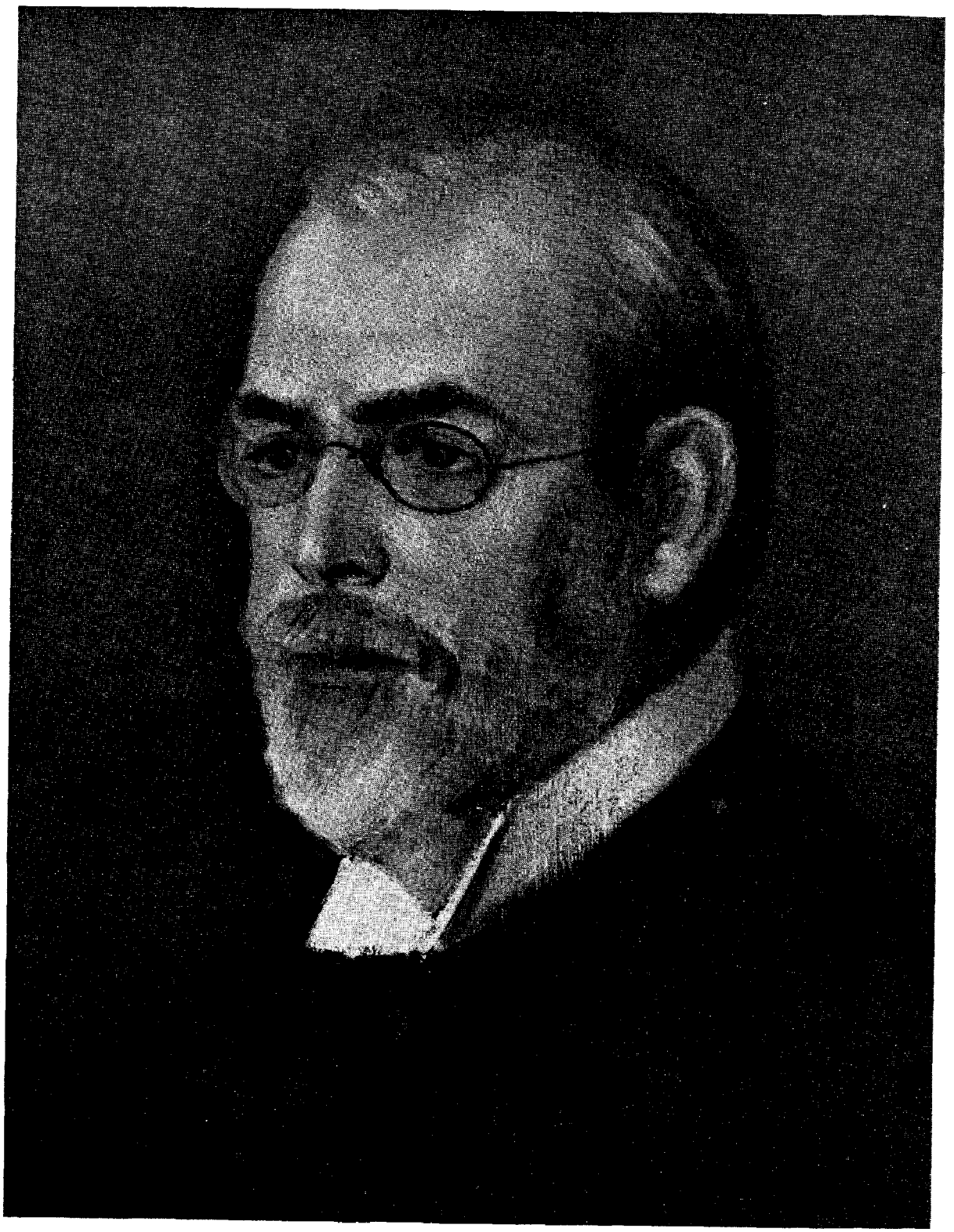
N E C R O L O G I A

MR. ARCHER MILTON HUNTINGTON

(† el 12 de diciembre de 1955)

POR

FRANCISCO JAVIER SANCHEZ CANTON



Mr. Archer Milton Huntington.

No puedo consagrar un recuerdo a la memoria de quien fué Académico de Honor, Mr. Archer Milton Huntington, sin extenderlo, inicialmente, a la de D. Guillermo Joaquín de Osma, del Marqués de la Vega Inclán y del Duque de Alba, insignes miembros —el segundo murió electo— de esta Casa, porque a ellos debí el conocimiento y la relación que, convertida en amistad por el trato, me ligó al hispanista ilustre.

Su padre, Collis Potter Huntington, era una magnate de la construcción ferroviaria cuando los Estados Unidos, mediado el siglo XIX, asentaban su prosperidad prodigiosa. Hermano de éste era el que también dejó un hijo mecenas, Enrique Eduardo, coleccionista especializado en pintura inglesa, fundador del espléndido Museo de San Marino, cerca de Pasadena, en California, que nuestra Prensa ha confundido, a veces, con su primo Archer Milton.

Nació en 10 de marzo de 1870. Su primer contacto con lo hispánico lo recibió a los quince años, acompañando a su padre a Méjico. Al año siguiente vino a Europa con su madre, y, residiendo en Londres, gustaba de recorrer las librerías anticuarias, en particular aquellas que por su desorden y abigarramiento prometían hallazgos. En ellas comenzaron a chocarle primero, a interesarle luego y, al cabo, a apasionarle, las estampas y los dibujos románticos de paisajes, monumentos y tipos españoles; y con la de las estampas creció su afición por los libros. La madre comenzó a alarmarse, pues raro era el día en que no llegasen al hotel paquetes y aun fardos de papeles. Hubo que pedir un armario y pronto un cuarto para guardar aquel que podemos ver como germen de la Hispanic Society.

Completó en seguida su conocimiento de lo español mediante lectu-

ras, compartiendo su afición con el aprendizaje del árabe, y, decidido a seguir estos estudios, en 1892 viene a España acompañado del profesor William I. Knapp, de la Universidad de Yale. Con su aparato fotográfico, y en mulo, recorrieron el Norte de España. Recogió millares de fotografías, de apuntes (que aprovechó en 1898 en su *A Notebook in Northern Spain*) y, sobre todo, de "saberes" españoles, que le impregnaron. Volvió después, frecuentemente, y de tal modo se asimiló dichos castizos, que en la última conversación mantenida con él (el día 10 de enero de 1954) en su granja de Bethel, sembrábalos con oportunnidad y gracejo y repetía la españolísima exclamación *¡Ave, María Purísima!* con modulación andaluza.

Dígase, al paso, que no era católico; había sido bautizado en la secta Episcopaliana, relativamente próxima al catolicismo, hasta en las oraciones, aunque apartada, claro está, por la no obediencia a Roma. Ello no obstó para que, por complacer a S. M. el Rey Don Alfonso XIII, de buena memoria, excelente amigo suyo, construyese en los solares de que luego hablaré la iglesia nombrada a la española de Nuestra Señora de la Esperanza. Añadiré que en la larguísima conversación antes recordada, medio en broma y, quiero creer que en el fondo, en serio, me dijo y repitió que deseaba volver a España para que le curase el Dr. Marañón y hacerse católico.

El Rey le concedió la gran cruz de Alfonso XII, y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid el Doctorado *honoris causa*, mas no se inició la investidura.

En los primeros viajes decidió publicar, traducido al inglés y anotado, *El Poema del Cid*; sin arredrarle las dificultades de la empresa, que duró un decenio, dió el texto en tres volúmenes, salidos en 1897, 1902 y 1903. Las Universidades de Yale y de Harvard le graduaron como Maestro de Artes, con título Honorario, en 1897 y en 1904.

Cae, en rigor, fuera de mi cometido y de nuestro campo seguir el desenvolvimiento del hispanismo de Huntington; recordaré tan sólo que fué decisiva la compra, por la suma de dos millones de pesetas, de la

mejor Biblioteca particular que ha habido en España como tesoro de ediciones de nuestros clásicos: la reunida en Sevilla con medios, tesón y singular olfato de bibliófilo por el Marqués de Jerez los Caballeros. La noticia ocasionó disgusto ostensible en Menéndez Pelayo, en Rodríguez Marín, en Cotarelo (padre), en todos los eruditos, en el año de 1902.

Sospecho que cuando el deslumbrador conjunto llegó a Nueva York ya había nacido en el coleccionista la idea a la que hubo de consagrar lo mejor de su existencia. En 18 de mayo y 30 de julio de 1904 otorga las escrituras que fundan la "Hispanic Society of America"; según la cláusula esencial: institución pública y gratuita de una Biblioteca y un Museo, para el progreso en el estudio de las lenguas, la literatura y la historia de España y de Portugal y de los países en donde se hablan los idiomas de aquéllos. En 17 de noviembre del mismo año están fechados los Estatutos.

Eligió para emplazamiento unos terrenos limitados por Broadway y las calles 155 y 156 W. En la enorme extensión se erigió, por de pronto, el edificio de la Hispanic, que trazó el arquitecto Charles P. Huntington, pariente del fundador.

El amplísimo solar fué llenándose con sucesivas construcciones, hasta ocho. La enumeración de ellas y sus fechas revelan la altura de las miras culturales de Huntington y su incesante mecenazgo:

El edificio primero, dedicado a la Hispanic, estaba terminado en 20 de enero de 1908. En ese mismo año se comenzó el de la Sociedad Americana de Numismática. En 1910, el de la Sociedad Geográfica Americana y la iglesia de Nuestra Señora de la Esperanza —consagrada el 21 de julio de 1912—. En 1920 se inauguró el destinado a ensanchar las instalaciones de la Hispanic, que permanece en los dos edificios, centrales y fronteros. En 1922, la primera parte del que alberga la "American Academy of Art and Letters", que se completó en 1930, con ocasión de unas fiestas que reunieron representantes de las viejas Academias de Europa, en que tuve el honor de representar a la nuestra, por indicación de Huntington, transmitida por el Duque de Alba, que la Corporación acep-

tó. Después construyó el Museo Indio Americano. Con estos ocho edificios vino a cerrarse por tres lados la plaza, abierta a Broadway. No queda por ocupar más que un solar, igual al de la iglesia de Nuestra Señora de la Esperanza, a su costado oriental. Ignoro si el incansable e inagotable fundador proyectaba ocuparlo con algún otro Museo.

Porque, ya es hora de decirlo, las Sociedades Numismática y Geográfica también son, en realidad, colecciones museísticas y bibliotecas.

Huntington, durante cuarenta años, adquirió series diversas, cuantiosas y valiosísimas. Todavía no había fundado la Sociedad Hispánica y ya era dueño de pinturas antiguas españolas, y restos arqueológicos, y monedas, y azabaches, y cerámicas, y esculturas. Y, en un principio, libros y obras de arte estaban mezclados. La construcción del edificio para ampliarla consintió cierta separación y relativa holgura, que pronto hubo de colmarse también.

No ocultaré que Huntington pertenecía al grupo de los que, ante todo, procuran acrecentar sus colecciones y demoran, acaso por estimarla secundaria, su presentación. Sin embargo, todos sabemos cuánto influye ésta en el goce y en el provecho del visitante y, de añadidura, en el aprecio de las obras de arte. He podido comprobar en mis tres estancias en Nueva York cómo apenas se conoce y cómo no se calibra debidamente el fabuloso conjunto de pinturas, esculturas y artes industriales españolas reunido por Huntington. Los cuadros antiguos, colocados en la galería alta que rodea el gran patio, en la parte superior de los muros, por encima de las vitrinas grandes, en excesiva lejanía para quien los mira y con reflejos, sobre un fondo rojo violento, que "sienta" mal a nuestra pintura, piden a gritos una instalación que los valore. Los cuadros modernos, en su mayor parte, hay que verlos moviendo unos bastidores envisagrados y encristalados, al modo como se vuelven las hojas de un Cantoral. Las mismas pinturas de Sorolla, de que luego hablaré, con mostrarse en instalación hecha "ad hoc", también carecen del realce merecido. Las grandes piezas escultóricas, por ejemplo, los sepulcros procedentes de San Francisco de Cuéllar, no han podido montarse por la escasa altura del

techo de la sala. No desconocía Huntington estas deficiencias y, humorísticamente, me decía que vendrían años en que las arreglaríamos los dos... Claro está que lo importante está logrado; hagamos votos por que sus continuadores den al problema de la presentación de las obras de arte lo que ellas, modernamente, exigen.

Las frases anteriores indican los fondos que la voluntad y munificencia del Mecenas hubo de ir allegando. Y es de notar que su amor a España le inspiró la orden que dió a quienes le compraban obras de arte: que sólo adquiriesen las que estuviesen ya fuera de la Península; si bien no será juicio temerario recelar que, en casos, se sacarían con la intención de ofrecérselas, ardid que chamarileros e intermediarios estimarían recurso inocente. Algunos cuadros del XIV y del XV, varios de Morales, del Greco, de Velázquez, de Ribera, Zurbarán, Murillo, de Goya, esplenden en la soberbia colección.

Pero, y ello diseña la figura de Huntingthon con trazos de nuestro tiempo, su afición no se concretó al arte antiguo. Apenas abierta la Sociedad Hispánica, en febrero y marzo de 1908 —repárese en la fecha—. celebraba una exposición de pinturas de Sorolla, seguida por otra de Zuloaga. Firma el contrato con Sorolla para la serie *Provincias de España* el 26 de noviembre de 1911, fecha señalada en la historia de nuestro arte. La tarea duró tanto como la vida activa del gran pintor; un año antes de su muerte y dos después del comienzo de su parálisis, esto es, en 1922, llegaron los lienzos a Nueva York, pero no se expusieron hasta el 21 de enero de 1926. Son, como se sabe, catorce lienzos fulgurantes; en ellos, Navarra, Aragón, Guipúzcoa, Cataluña, Extremadura y Galicia están representados por sendas composiciones; tampoco no es más que una, pero enorme, la representación de Castilla; Valencia se figura con dos y Andalucía con cuatro. La trascendencia de esta serie no estriba exclusivamente en sí misma, sino en que valió para que Sorolla, atado a su Levante por muchos decenios, realizase centenares de estudios y de manchas y de bocetos, en los que vibran, cegadores y suaves, dorados y verdes, deslumbradores y brumosos, encendidos y fríos, grises y violetas,

todos los matices lumínicos de las llanuras, los valles, los montes y las costas de España entera. Gracias al encargo de Huntington, el enorme artista completa su visión, ensancha su paleta. Bastaría este servicio del hispanista norteamericano a nuestro arte para abrir una deuda impagable a su memoria.

Mas, todos lo sabéis, no cerró este encargo su protección activa a la pintura nuestra: de Sorolla posee la Sociedad Hispánica, además, ochenta pinturas. De ellas, cuarenta y seis son retratos de personalidades españolas: los Reyes, el artista y su esposa, su madre política y su hija María, y una larga serie de artistas, escritores y científicos. Por curiosidad, anotaré los pertenecientes a nuestra Casa: Benedito, Benlliure, Blay, Bretón, Marañón, Mélida, Menéndez Pelayo, Muñoz Degrain y el Marqués de la Vega Inclán.

Hacia el año 1920, un infortunio conyugal, remediado en 1923 por nuevo matrimonio con la notable escultora Ana Hyatt, correspondiente de esta Academia, marca, si no una desviación de España, la renuncia a los frecuentes viajes por nuestra patria, a la que sólo volvió dos veces; la segunda— que fué la última—, en 1929. La escultora, formada en Francia, y por aquellos años enferma, necesitada de clima suave y de reposo, fué determinante de que casi todo el tiempo permaneciese el matrimonio alejado de los cambios bruscos en el ambiente extremoso de Nueva York, residiendo en las tierras templadas de Florida y Carolina. El afán fundacional no cede en el Mecenas, y en Newport News (Virginia) crea "The Mariners' Museum", y comienza, mas sospecho que abandonó la idea, un Museo de los deportes, como tennis, golf y polo. Nuevas formas de mecenazgo surgen en su actividad: entrega a la Universidad de Siracusa americana enormes extensiones montañosas para el estudio de la vida, la alimentación y los juegos de los pájaros y los peces.

Atención máxima consagra al extensísimo parque de Brookgreen Gardens, cerca de Georgtown, en Carolina del Sur. El motivo es obvio: todo él se puebla con grandes esculturas de bronce modeladas por Ana Hyatt, admirable animalista.

¿Y España? ¿Y la Sociedad Hispánica? No se habían apagado tales amores en el alma grande de Huntington.

Por un lado, inicia en 1927 y acaba en 1939 la Biblioteca Hispánica dentro de la colosal del Congreso de Washington —en organización y número de libros, la primera del mundo—, dotándola de medios para la compra incesante de cuanto se imprime en las tierras que hablan castellano y portugués.

Por otro lado, impulsa la catalogación de los cuadros y de las esculturas de la Hispanic Society; idea las varias series de monografías, en las que han salido publicaciones tan notables como las dedicadas a Velázquez, a Ribera, al Divino Morales, a Goya, a Lucas, a Urrabieta Vierge, etc., etc. Prosigue la preciosa serie de los facsímiles de las primeras ediciones de libros raros españoles. Adorna con grandes estatuas de Ana Hyatt del *Cid, Boabdil* (1942), *Don Quijote* (1942), la plaza asiento de los edificios dichos. Regala a Sevilla (1921) el primer ejemplar del Cid; regala a las fundaciones Vega Inclán el gran bronce de la *Diana cazadora,* obra asimismo de su esposa, hoy ornato del jardín de la Facultad de Letras. Entrega al Rey un donativo cuantioso para fundar una cátedra de Literatura hispánica en la Universidad de Madrid, que, habiendo estado sin crearse muchos años, tuve la oportunidad de inaugurar en 1954. Suministró al Duque de Alba fondos para la espléndida edición de *Mapas españoles de América, de los siglos* XVI *al* XVIII, en la que trabajé. Regala al Museo del Prado un aparato de radiofotografía. Ayuda con generosidad las publicaciones del Instituto de Valencia de Don Juan.

La relación no agota la de sus rasgos hispanófilos. La serie de retratos de personajes ilustres de nuestro tiempo la continúa Zuloaga y, con mayor constancia, López Mezquita, pues mientras aquél pintó dos, éste llega a trece, además de otros dieciocho de hispano-americanos; entre los españoles, los de otros dos miembros de nuestra Academia: Falla y Gómez Moreno.

Diré ahora unas palabras sobre la organización de la "Hispanic Society". Sus miembros no han de pasar de ciento ni de trescientos los co-

rrespondientes. No rompo ningún secreto si digo que los más de ellos fueron designados por el propio fundador. La "Hispanic Society" era él. Paréceme que también ha conferido personalmente las distinciones especiales creadas por la Sociedad. Son éstas las medallas nombradas: "Medalla de Artes y Literatura" (1907), "Medalla de Sorolla" (1910), "Medalla de Mitre" (1921), "Medalla de Cervantes" (1950) y "Medalla de Escultura" (1941). La primera ha sido otorgada desde su creación sólo a cincuenta y seis personas, de las cuales, once miembros de esta Academia: Sorolla, Zuloaga, Vega Inclán, Osma, Mezquita, Duque de Alba, Benlliure, Falla, Angulo, Marañón y quien os habla, que también ha sido honrado —como el Sr. Gómez Moreno— con la Medalla de Cervantes.

A trueque de haberos fatigado, he querido trazar los perfiles de la egregia personalidad que lloran Norteamérica y España —mejor dicho, todo el mundo hispánico—. Restan algunos pormenores para la semblanza. Su pergeño: era casi un gigante, de manos y pies desmesurados, mientras los rasgos del rostro se modelaban finos y correctos. La voz bien templada y grata. Hablaba el castellano (sería más exacto si dijese el andaluz) con soltura; su feliz memoria le aportaba de continuo refranes y coplas, que entonaba sin esfuerzo. La fertilidad de su imaginacioón le hizo cultivar la poesía, con variadas formas. En 1928 publicó *The lace-maker of Segovia* (*El encajero de Segovia*), volumen de composiciones inspiradas, las más, en motivos españoles, como *La fembra fermosa, Suicidio, Greco, Velázquez, Sorolla, La muerte de Compoamor, Coruña, Sobre la muralla de Lugo, Una ola en Jávea...* En 1953 recogió en un tomo de 424 páginas en 4.° sus *Collected verse* y se comprueba igual predilección por los temas nuestros. Pienso que habría de serle homenaje preferido que, trasladados algunos al castellano, se hiciese una edición por las entidades que le debieron protección y ayuda.

Sospecho que no faltará quien al llegar a este punto eche en falta dos aspectos en esta semblanza. Uno, el habitual en gentes del país y de la clase a que pertenecía Huntington: el de sus extravagancias. Otro, alguna anécdota expresiva de su intimidad.

Ciertos rasgos —de los que no se libraron un Frick, un Morgan, un Rockefeller, un Mellon— permiten pintar como personaje estrambótico a Archer Milton Huntington. Incluso cierta particularidad de la "Hispanic Society", que ha sido, a veces, comentada con regocijo, cuando la conozcáis, convendréis que no deja de tener muy razonable fundamento. Aludo a la norma de que sean sordomudas las bibliotecarias, para que no perturben el silencio necesario para el estudioso.

En cambio, referiré gustoso la emoción recibida cuando le visité en su granja de Bethel, en el Estado de Connectitut, a 75 millas de Nueva York. En suave colina de ralo arbolado y apenas con indicios de jardín, una casa, en gran parte de madera, pintada de blanco y de fábrica, encalada. Carente de todo adorno externo. Sin lujo en su interior; los muebles, que nunca habían sido ricos, muy usados. En los muros, estampas y títulos modestamente enmarcados. Las piezas, de tamaño reducido; el comedor no excedía en medidas ni moblaje de cualquiera de la clase media madrileña. El recibidor, con trofeos de caza, y el salón, abierto al campo, conservaban cierto empaque, nada imponente. En una salita, a manera de celda, la mesa de trabajo, con silla de cuero, abrumada por estantes cargados de libros: a duras penas cabíamos en ella en pie el propietario y yo. Me enseñó las capillas del libro que meses después salía con la historia de los cincuenta años de la "Hispanic Society of América". Cerraduras y pestillos, que él mismo abrió y cerró, revelaban que aquella exigua habitación era el rincón predilecto. Otro hay, adosado a la casa: el estudio de escultor de Ana Hyatt, que casi llenaba el modelo del monumento regalado en la primavera pasada a la Ciudad Universitaria de Madrid: *La entrega de la antorcha.* Por toda servidumbre, no vi más que un portero, anciano ya, y un ama de llaves, tampoco nada joven; y, claro está, el almuerzo, cuidado, descubría la existencia de un cocinero, o tal vez una cocinera, por lo tradicional y sabroso de los guisos. Sólo testimonio de lujo era la pareja de galgos escoceses, grandes, de pelo color violeta, asistentes, con dignidad y mesura, al almuerzo y a la conversación.

Este ambiente sí que me pareció extravagante, pero no sé si me atreveré a calificarlo de ejemplar, y aun de santo, en varón tantas veces millonario.

Así he visto y así veo a aquel enamorado de España que se llamó Archer Milton Huntington.

(Leído en la sesión del 13 de enero de 1956.)

Ilustra estas páginas el retrato del gran hispanista que hizo pintar en 1919 al famoso artista ruso Paul Troubetzkoy, conocidísimo por la estatua ecuestre de Tolstoi. El retratado regaló el lienzo al Instituto de Valencia de Don Juan. Tenía entonces cuarenta y nueve años y algunos después se quitó la barba, por lo que tomó apariencia más juvenil. Troubetzkoy, nacido en 1866, murió en 1938.